

CURSO DE GNOSIS

B17.- Organización de la psiquis. Intuición

Vamos a dar inicio a nuestra cátedra de esta noche. Podríamos denominar a esta cátedra *Intuición*.

Ante todo, hemos de empezar por la base, el hombre. ¿De dónde venimos? ¿Para dónde vamos? ¿Cuál es el objeto de nuestra existencia? ¿Para qué existimos? ¿Por qué existimos? He ahí una serie de interrogantes que debemos aclarar y resolver.

Nace un niño, y de hecho recibe el cuerpo físico en forma gratuita, es obvio; un cuerpo maravilloso con unos quince mil millones de neuronas, etc. a su servicio, nada le ha costado.

Conforme el niño va creciendo, la *mense sensual* se va abriendo poco a poco, y ésta última, en sí misma y por sí misma, se informa mediante las percepciones sensoriales externas.

Y es precisamente con los datos aportados por tales percepciones, cómo la mente sensual elabora siempre sus conceptos de contenido, motivo por el cual ella jamás puede saber algo sobre LO REAL. Sus procesos racionales son subjetivos, se mueven dentro de un círculo vicioso, el de las *percepciones sensoriales externas*, eso es obvio.

Ahora comprenderán ustedes un poco mejor lo que es la razón subjetiva en sí misma. Mas ha de hacerse una plena diferenciación entre *razón subjetiva* y *razón objetiva*.

Es obvio que el niño tiene que pasar por todos los procesos educacionales: kinder, primaria, secundaria, “prepa” y hasta universidad. La razón subjetiva se nutre con todos los datos que las distintas instituciones escolásticas le aportan, mas en verdad que ningún instituto docente podría dar al niño, o al joven o al adolescente, datos exactos sobre *Eso* que no es del tiempo, sobre *Eso que es lo Real*.

En verdad, hermanos, que las especulaciones de la razón subjetiva vienen a conducir al intelectual al terreno absurdo, dijéramos, del utopismo, o en el mejor de los casos, al de las simples opiniones de tipo subjetivo, etc., mas nunca a la experiencia verdadera de *Eso* que no es del tiempo, de *Eso* que es la Verdad.

En cambio la razón objetiva (que desgraciadamente no recibe ninguna instrucción y para la cual no hay escuelas), permanece siempre abandonada. Indubitablemente, los procesos racionales de la razón objetiva obviamente nos conducen a postulados exactos y perfectos.

Pero el niño, desde un principio, es educado subjetivamente. Para él no existe

ninguna forma de instrucción superior. Los datos de los sentidos aportan a la mente subjetiva del adolescente, a la mente sensual, todas las cuestiones escolásticas, de familia, etc., que son meramente empíricas y subjetivas, y eso es lo lamentable.

En principio, el niño no ha perdido todavía la *capacidad de asombro*. Obviamente se asombra ante cualquier fenómeno. Un hermoso juguete despierta en él ese asombro, y se divierten los niños con sus juguetes. Mas, conforme va creciendo, conforme su mente sensual va recibiendo datos de la escuela, del colegio, la capacidad de asombro va desapareciendo, y al fin llega el instante en que el niño se convierte en joven, y el joven ya ha perdido por completo esa capacidad.

Desafortunadamente, los datos que uno recibe en los colegios, en las escuelas, en los centros educacionales, sólo sirven para nutrir, como ya dije, la *mente sensual*, pero nada más. En esa forma y con esos sistemas de educación actuales, lo único que realmente se logra es forjarnos en la escuela, en la academia, en la universidad, una *personalidad artificiosa*.

Téngase en cuenta, mis caros hermanos que, en realidad de verdad, los conocimientos que se estudian en Humanidades jamás servirían para formar al *hombre psicológico*.

En nombre de la verdad hemos de decir claramente que las materias que se estudian actualmente en los institutos docentes, no tienen relación alguna con las distintas partes del SER.

Por eso es que sólo sirven para **falsear los cinco cilindros** de la máquina orgánica, quitarnos la **capacidad de asombro**, desarrollar la **mente sensual** y forjar en nosotros una **personalidad falsa**, y eso es todo.

Así pues, que se entienda claramente que la mente sensual en forma alguna podría producir en nosotros una *transformación radical*. Es conveniente entender que la mente sensual, por muy culta que parezca, nunca podría sacarlo a uno del automatismo y de la mecanicidad en que se encuentra toda la gente, todo el mundo.

Una cosa es el hombre meramente animal, es decir, el *animal intelectual*, y otra cosa, en verdad muy diferente, es el verdadero *hombre psicológico*. Al citar la palabra “hombre”, incluyo también naturalmente a la mujer, y esto se debe subentender claramente.

Nacemos con un cuerpo físico maravilloso, pero en realidad de verdad necesitamos hacer algo más. Formar el cuerpo físico no es difícil, lo heredamos; pero formar al *hombre psicológico* sí es difícil.

Para formar el cuerpo físico no necesitamos trabajar sobre sí mismos, pero para formar al hombre psicológico sí debemos trabajar en sí mismos; eso es obvio.

Se trata, pues, de *organizar la psiquis*, que está desordenada, para crear al hombre psicológico, que es el verdadero hombre en el sentido más completo de la palabra.

Decía el maestro Gurdjieff que “*la máquina orgánica no tiene ninguna psicología*”. Tengo que disentir con él bastante en esa cuestión. Sí existe psicología en cualquier máquina orgánica llamada “hombre” (equivocadamente, por cierto). Lo que sucede es que está desorganizada y esto es distinto.

Organizar esa psicología dentro del “animal intelectual” es lo urgente, lo inaplazable, lo impostergable, si es que queremos en verdad crear el verdadero hombre, que es el *hombre psicológico*. Distíngase, pues, entre el “*animal intelectual*” equivocadamente llamado “hombre”, y el verdadero y auténtico *hombre psicológico*.

Nosotros necesitamos trabajar sobre sí mismos, si es que queremos crear a tal hombre. Sin embargo, hay lucha en nosotros. La mente sensual es enemiga declarada de la mente superior.

La mente sensual se identifica con cualquier circunstancia. Si, por ejemplo, de pronto nos hallamos en opíparo banquete, nos identificamos tanto con las viandas que nos convertimos en glotones. Si se nos brinda una copa, nos identificamos tanto con el vino que terminamos “briagos”. Si encontramos en nuestro camino una persona del sexo opuesto fascinante, interesante, nos identificamos tanto con aquélla, que al fin terminamos nosotros de fornicarios o convertidos simplemente en adúlteros. En estas circunstancias y de este modo no es posible crear al hombre psicológico.

Si por alguna parte hemos de iniciar el trabajo de crear al hombre psicológico, será en realidad de verdad trabajando sobre sí mismos, no identificándonos jamás con ninguna circunstancia y autoobservarnos de instante en instante, de momento en momento.

Hay quienes yerran el camino. Existen sociedades, escuelas, órdenes, logias, religiones, sectas que pretenden organizar la psiquis humana mediante ciertas máximas que llamaríamos “de oro”, comunidades que pretenden, mediante tal o cual máxima, comportarse en todas las circunstancias de la vida, a fin de conseguir algo que ellos llamarían “purificación”, “santidad”, etc. Todo esto es urgente analizarlo.

Es obvio que una máxima cualquiera de tipo ético, religioso nunca podría servir de patrón para los distintos acontecimientos de la vida. Una máxima, aun estructurada con la lógica superior de un Ouspensky por ejemplo, en verdad que jamás podría crear un nuevo Cosmos, ni una Naturaleza.

Supeditarnos estrictamente a una máxima con el propósito de organizar nuestra psiquis sería absurdo. Esto significaría convertirnos en esclavos, obviamente.

De manera que conviene que reflexionemos sobre muchos catálogos éticos y códigos morales con “máximas de oro”. Todas esas reglas o máximas jamás pueden

transformar a nadie, eso es obvio. Además, hay factores que hay que analizar antes de poder entrar uno en el trabajo de organizar la psiquis.

Incuestionablemente, un enunciado demostrativo por ejemplo, por muy rico que él fuese y perfecto, podría ser falso y, lo que es peor, intencionalmente falso.

Así que al intentar nosotros una transformación de sí mismos, tenemos que volvernos un poco más individuales. No quiero decir “egoístas”. Subentiéndase esto como aprender a pensar mejor, de una forma más independiente y perfecta, porque muchas sentencias sagradas, “máximas de oro” como ya dije, aforismos que todo el mundo considera perfectos, realmente no podrían servir de patrón de medida para conseguir una transformación auténtica y una organización de la psiquis dentro de nosotros.

Se trata de organizar la psiquis interna, y tenemos que salir de tanto racionalismo de tipo subjetivo e ir, como se dice, “al grano, a los hechos”. Afrontar nuestros propios errores como son, no querer nunca justificarlos, no tratar de huir de ellos, no intentar disculparlos. Se necesita que nos volvamos más serios. En el análisis tenemos que ser, dijéramos, más juiciosos, más comprensivos.

Si en verdad no buscamos escapatorias, entonces sí podemos trabajar sobre sí mismos para conseguir la organización del hombre psicológico y dejar de ser meros “animales intelectuales” como hasta ahora somos.

Autoobservación psicológica es básica. Se necesita, en verdad, autoobservarnos de instante en instante, de segundo en segundo. ¿Con qué objeto? Descubrir nuestros defectos de tipo psicológico, *pero descubrirlos en el terreno de los hechos*, observarlos directamente, juiciosamente, sin evasivas, sin disculpas, sin escapatorias de ninguna especie.

Una vez que un defecto ha sido debidamente descubierto, entonces y sólo entonces, podemos nosotros comprenderlo; y al intentar comprenderlo debemos, repito, ser severos consigo mismos.

Muchos, cuando intentan comprender un error, lo justifican o lo evaden o lo esconden de sí mismos, y eso es absurdo. Hay también algunos hermanitos gnósticos que, al descubrir tal o cual defecto en sí mismos, comienzan con su mente (dijéramos teórica) a hacer especulaciones, y eso es gravísimo porque, como ya dije y lo repito ahora en este momento, las especulaciones de la mente meramente subjetivas van a desembocar forzosamente en el terreno del utopismo; eso es claro.

Así pues, si se quiere entender un error, las especulaciones meramente subjetivas deben ser eliminadas; y para que sean eliminadas, se necesita haber observado el error directamente. Sólo así, mediante una correcta observación, es posible corregir la tendencia a la especulación.

Una vez que uno ha comprendido íntegramente cualquier defecto psicológico, en todos los niveles de la mente, entonces sí puede darse el lujo de quebrantarlo, de desintegrarlo, de reducirlo a cenizas, a polvareda cósmica.

Sin embargo, no nos debemos olvidar nunca que la mente, por sí misma, no podrá alterar radicalmente ningún defecto, nunca. La mente, por sí misma, puede rotular cualquier defecto con distintos nombres, puede pasarlos de un nivel a otro, esconderlo de sí misma, esconderlo de los demás, pero nunca desintegrarlo.

Muchas veces les he hablado aquí, les he dicho que necesitamos de un poder que sea superior a la mente, de un poder que, en verdad, pueda reducir a cenizas a cualquier defecto de tipo psicológico.

Afortunadamente, ese poder existe en el fondo de nuestra psiquis. Me refiero, claramente, a Stella Maris, la Virgen del Mar (que es una variante de nuestro propio Ser, pero derivada, o derivado). Si nosotros nos concentramos en esa fuerza variante que existe en nuestra psiquis (que algunos pueblos la denominaron “Isis” y otros “Tonantzin” y aquellos “Diana”, etc.), seremos asistidos. Entonces, el defecto en cuestión puede ser reducido a polvareda cósmica.

Cualquier agregado psíquico, viva personificación de tal o cual error, una vez que ha sido desintegrado, libera algo. Eso se llama “Esencia”. Es claro que dentro de cualquiera de esas “botellas” conocidas como agregados psíquicos, existe esencia o conciencia anímica enfrascada, y al quebrantarse este o aquel error, el porcentaje de esencia allí depositado o embotellado es liberado.

Cada vez que un porcentaje de esencia búddhica es liberada, aumenta de hecho y por derecho propio, el porcentaje de conciencia. Y así, conforme nosotros vamos quebrantando los agregados psíquicos, el porcentaje de conciencia despierta se irá multiplicando, y cuando la totalidad de los agregados psíquicos sea reducida a cenizas, la conciencia habrá despertado también en su totalidad.

Sin tan sólo hemos quebrantado un 50% de elementos psíquicos indeseables, poseeremos obviamente un 50% de conciencia objetiva, despierta. Mas si nosotros conseguimos quebrantar el ciento por ciento de los agregados psíquicos indeseables, lograremos de hecho y por derecho propio un ciento por ciento de conciencia objetiva. Así es que, a base de multiplicaciones incesantes, nuestra conciencia irá resplandeciendo cada vez más; eso es obvio.

Lograr el absoluto despertar es lo que queremos nosotros. Y es posible lograrlo si marchamos por el camino correcto. De lo contrario no sería posible lograrlo; eso es claro.

En todo caso, a medida que nosotros vayamos quebrantando los elementos psíquicos indeseables que en nuestro interior cargamos, distintos *siddhis* o facultades

luminosas irán aflorando en nuestra psiquis, y cuando se haya conseguido la *aniquilación budista*, entonces en verdad habremos conseguido la más absoluta iluminación.

Esta palabra, “*aniquilación budista*”, molesta mucho a determinadas organizaciones de tipo pseudoesoterista y pseudoocultista. A nosotros, en vez de fastidiarnos tal palabra, nos agrada realmente.

Conseguir el ciento por ciento de conciencia es algo anhelable. Son muchos los que quisieran tener la iluminación, son muchos los que se sienten amargados, los que padecen entre las tinieblas, los que sufren por las distintas circunstancias amargas de la vida.

La iluminación es algo muy anhelable, pero la iluminación tiene una razón de ser. La razón de ser de la iluminación es el *dharmadhatu* (esta palabra, de tipo sánscrito, sonará un poco extraña a los oídos de los aquí presentes; *dharmadhatu* viene de su raíz *dharma*).

Podría alguien desintegrar los elementos psíquicos indeseables que en nuestro interior cargamos, y sin embargo, no por ello lograría la iluminación radical. Aquí entra en juego eso que se llama el tercer factor de la revolución de la conciencia, el del *sacrificio por la humanidad*. Si nosotros no nos sacrificamos por la humanidad, no sería posible conseguir la iluminación absoluta, porque (repito) la razón de ser de la iluminación es el *dharmadhatu*.

Es obvio que, si desintegramos el ego, se nos paga. Es cierto y de toda verdad que, si creamos los cuerpos existenciales superiores del Ser, se nos paga. No podemos negar que, si nosotros nos sacrificamos por nuestros semejantes, se nos paga. Todo eso es indubitable.

Para conseguir la iluminación absoluta, se necesita trabajar con los tres factores de la revolución de la conciencia: **nacer**, es decir, crear los vehículos existenciales superiores del Ser; **morir**, desintegrar el ego en su totalidad; **sacrificio por la humanidad**. He ahí los tres factores de la revolución de la conciencia.

Pero, como les decía a ustedes, tenemos que saber trabajar sobre sí mismos, eso es obvio. Necesitamos organizar al hombre psicológico dentro de sí mismos primero que todo. Antes de conseguir nosotros la iluminación absoluta, el hombre psicológico debe nacer en nosotros, y nace en nosotros cuando *se organiza la psiquis*; hay que organizar la psiquis dentro de sí mismos, aquí y ahora.

Si nosotros trabajamos correctamente, organizamos la psiquis. Por ejemplo, si no malgastamos las energías del centro emocional, si no malgastamos las energías de la mente, o las del centro motor-instintivo-sexual, es obvio que con tal reserva creamos o venimos a crear, a dar forma al segundo cuerpo psicológico en nosotros, el nuevo cuerpo

para las emociones, denominémoslo “*eídolon*”.

Es indubitable que, si nosotros nos libertamos de la mente sensual, conseguiremos en realidad de verdad ahorrar energías intelectuales, con las cuales podríamos nutrir al tercer cuerpo psicológico, a la *mente individual*.

Y, al pronunciarme contra la mente sensual, quiero que entiendan los hermanos claramente que no dejo de reconocer la utilidad de la mente sensual, y que necesitamos vivir en perfecto equilibrio, saber manejar la mente superior y saber usar la mente sensual.

Porque si uno no sabe usar la mente sensual, se olvida de que tiene que pagar la renta, se olvida de que debe comer para existir, se olvida de que tiene que vestirse, anda por las calles en el más completo desaliño, no cumple uno con sus deberes en la vida. Entonces, la mente sensual es necesaria, pero hay que saberla manejar inteligentemente, con equilibrio. Es decir, la mente superior y la mente sensual deben equilibrarse en la vida, eso es obvio.

Hay gentes que se preocupan únicamente por la mente superior. Ejemplo, determinados eremitas que viven en cavernas en los Himalayas se olvidan que tienen una mente sensual. Desecharla, simplemente “así porque sí”, es absurdo. Se necesita que la mente sensual funcione en forma equilibrada para cumplir uno con sus deberes en la vida.

La pugna entre la mente superior y la sensual es espantosa. Recordemos nosotros al Cristo, cuando estuvo en su ayuno en el desierto. Se le presenta un demonio y le dice: “*Todos estos reinos del mundo te los entregaré, si te arrodillas y me adoras*”. Es decir, la mente sensual tentándole. Y responde la mente superior diciendo: “*Satán, Satán, escrito está: «Al Señor tu Dios adorarás y a él sólo obedecerás»*” No se dejó Jesús dominar por la mente sensual. Pero esto no quiere decir que no sea útil tal mente; lo que sucede es que hay que tenerla bajo control y que debe marchar en perfecto equilibrio con la mente superior.

Al tratar de organizar al hombre psicológico, obviamente sucederá una pugna espantosa entre las dos mentes, entre la superior o psicológica y la sensual. La mente sensual no quiere nada que se relacione con la mente superior. La mente sensual goza cuando se identifica con una escena de lujuria, o cuando uno se identifica con un acontecimiento doloroso en la calle, o cuando se identifica con una copa de vino, etc. La mente psicológica se opone violentamente.

Voy a ilustrar esto con un ejemplo. Iba de pronto en un carro, alguien conducía el automóvil, marchábamos por el carril izquierdo de una calle. Por el carril derecho, una dama conducía otro carruaje. De pronto sucede que el carruaje que conduce aquella dama, cambia de dirección, intenta meterse a un supermercado.

Es obvio que yendo por la derecha, debía quebrar para alguna parte para meterse en el supermercado. Si el supermercado hubiera estado a su derecha, pues se hubiera metido hacia la derecha, pero desafortunadamente estaba a su izquierda, y el carril izquierdo estaba ocupado por el carruaje en que nosotros viajábamos. No le importa a aquella dama absolutamente nada, y definitivamente quiebra hacia la izquierda, claro, viniendo a chocar con el carruaje en que nosotros íbamos. Los daños no fueron graves, fueron mínimos para aquel otro carro.

Pero aquí viene lo interesante. Como quiera que en el carro que viajara mi insignificante persona, el conductor reconoció no tener la culpa (y en verdad no la tenía; él no era culpable de que otro carruaje se le metiera por delante “quebrando” violentamente en momentos en que él marchaba), naturalmente alegó eso a la dama en cuestión.

La dama le insistía en tener su razón. Claro, su razón era absurda, manifiestamente absurda, y cualquier perito de tránsito la hubiera descalificado de inmediato. Sin embargo, ella insistía. Llama al seguro de ella para arreglar el problema. Después de una o dos horas, el seguro no llegaba. La dama insistía en que se le pagaran unos 300 pesos que costaba el daño, la reparación de su vehículo que ella misma había destruido.

Los tripulantes del carro en que viajaba y su conductor definitivamente estaban airados en gran manera, y aunque cualquiera de ellos hubiera podido pagar, no estaban dispuestos a hacerlo, era tal la ira que tenían.

Por mi parte, resolví no identificarme con aquella circunstancia, pues, nuestra disciplina psicológica, nuestro *yudo psicológico*, dijéramos, nos indica que en tales casos uno no debe identificarse. Es obvio que permanecí sereno, de acuerdo con nuestro yudo psicológico.

Bueno, pero el tiempo se pasaba, dos horas y posiblemente muchas más tendríamos que aguardar, pues el seguro no aparecía. Al fin, la dama aquella llegó muy respetuosamente hacia mí, pues vio que era el único que estaba sereno, los demás tripulantes vociferaban. Me dice:

—Señor, si me diera usted siquiera 300 pesos, dejamos esta cuestión a un lado. Es que estoy perdiendo el tiempo y todos lo estamos perdiendo.

Le dije:

—Observe usted la posición en que están esos dos carros. Quería usted quebrar a la izquierda, debería haber traído el carril izquierdo; pero usted va por el carril derecho, y sin embargo intenta entrar a ese supermercado. No es posible entrar por el carril derecho, cuando el izquierdo va ocupado. Cualquier perito en tránsito la descalifica.

—Señor, pero ¿qué hacemos perdiendo el tiempo? ¡No viene el seguro!

—Bueno, tome usted sus 300 pesos y vaya usted en santa paz. No hay problema, siga su viaje.

Es obvio que hubo una protesta general de los tripulantes. Se indignaron no solamente contra aquella dama, sino contra mí también. Era tal el estado en que se encontraban que no podían menos que protestar, se encontraban absolutamente identificados con la escena. Y es claro que a mí me calificaron de “tonto”, etc., etc., y etc., y “otras tantas hierbas”.

Claro, uno de los tripulantes avanzó directo hacia las damas, con el propósito de insultarlas, pues eran varias, la que conducía y acompañantes. Yo me adelanté un poquito y le dije a aquella señora:

—Váyase usted en santa paz y no haga caso a los insultadores.

Bueno, la mujer, muy feliz, desde lejos me alcanzó a dar el último saludo, y el carro se perdió allá, por esas calles de la ciudad.

Hubiéramos podido seguir aguardando tres, cuatro o seis horas, toda una tarde y posiblemente hasta la noche, hasta que llegara el seguro, para concluir en cualquier arreglo tonto. Realmente no había problema grave. Los daños de aquel carro eran mínimos, pero, aunque los tripulantes aquellos tenían dinero, de ninguna manera estaban dispuestos a pagar. Se encontraban tan identificados con la escena que, obviamente, no tenían ganas (como se dice) de “dar a torcer su brazo”.

Los salvé ciertamente de una cantidad de pormenores y detalles molestosos; les evité posiblemente ir a la “Delegación”; les evité cincuenta mil tonterías, amarguras y discusiones; pero ellos se encontraban tan identificados con aquél hecho que ni cuenta se daban del bien que se les había hecho. ¡Así es la gente!

De manera que, mis queridos amigos, en realidad de verdad deben ustedes entender que *identificarse con las circunstancias trae problemas*. Es absurdo identificarse con las circunstancias, completamente absurdo, se gastan las energías.

¿Con qué energías organizaría uno, por ejemplo, el **cuerpo astral**, si se deja llevar de esos *estallidos de ira*, de esos “berrinches” espantosos, de esos corajes que no tienen razón de ser, todo por identificarse con las circunstancias?

¿Con qué fuerzas podría uno darse el lujo de crearse una **mente individual**, si uno en verdad *despilfarra sus energías intelectuales*, las malgasta en tonterías, en hechos similares a los que les he contado? La creación del segundo cuerpo nos invita a ahorrar las energías intelectuales.

Ahora bien, si nosotros no aprendemos en verdad a dejar las *antipatías mecánicas*, si nosotros estamos siempre llenos de *mala voluntad hacia nuestros semejantes* ¿con qué energías crearíamos entonces el **cuerpo de la voluntad consciente**, es decir, el tercer

cuerpo psicológico?

Y hay que crear todo ese juego de vehículos superiores, si es que queremos en verdad crear dentro de sí mismos o fabricar dentro de sí mismos o dar forma dentro de sí mismos, al hombre psicológico.

Bien sabemos que alguien que posea el cuerpo físico y un segundo cuerpo de tipo emocional psicológico, y un tercer cuerpo de tipo mental individual, y un cuarto cuerpo de tipo volitivo consciente, puede darse el lujo de recibir sus principios anímicos para convertirse en hombre; eso es indubitable. Pero, si uno verdaderamente malgasta sus energías motrices, vitales, emocionales, mentales y volitivas, identificándose con todas las circunstancias de la vida, etc., pues es obvio que nunca podrá organizar esos cuerpos psicológicos en nosotros, tan indispensables para que dentro de sí mismos aparezca el hombre.

Así que, cuando hablo de organizar la psiquis, debe saberse entender. Tenemos que manejar energías, saberlas utilizar, no identificarnos para no malgastar nuestras energías torpemente, no olvidarnos de sí mismos. Cuando uno se olvida de sí mismo, se identifica; y cuando se identifica, entonces no puede dar forma a la psiquis, no puede hacer que la psiquis se estructure inteligentemente en sí misma, porque malgasta las energías torpemente. Esto es urgente entenderlo, mis queridos hermanos.

Así pues, un hombre verdadero es un hombre que ha ahorrado sus energías y que, mediante las mismas, ha podido crear los cuerpos existenciales superiores del Ser.

Un hombre verdadero es aquel que ha recibido sus principios anímicos y espirituales. Un hombre perfecto es aquel que ha desintegrado todos esos elementos psíquicos inhumanos. En vez de tales elementos indeseables, ha dado forma al hombre interior.

El hombre interior es lo que cuenta, y el hombre interior recibe su pago, la Gran Ley le paga. El hombre interior está despierto porque ha desintegrado el ego. El hombre real, verdadero, que se sacrifica por sus semejantes, obviamente consigue la iluminación.

Así que, crear al hombre es lo primero, es lo fundamental, y esto se consigue organizando la psiquis. Pero muchos, en vez de dedicarse a organizar su propia psiquis íntima, se preocupan exclusivamente por desarrollar poderes o *siddhis* inferiores. ¡Eso es absurdo!

¿Con qué vamos a empezar nosotros? ¿A organizar la psiquis o a desarrollar poderes inferiores? ¿Qué es lo que queremos? Tenemos que ser juiciosos nosotros en el análisis, juiciosos en nuestros anhelos. Si es poderes lo que estamos buscando, perdemos el tiempo miserablemente.

Creo que lo fundamental es que organicemos nuestra psiquis interior; eso es lo

básico. Si ustedes lo entienden en sí mismos y trabajan en sí mismos, conseguirán darle forma a la psiquis. Entonces el hombre real, el hombre verdadero, habrá nacido en ustedes. Entiendan esto: “*mejor es que, en vez de andar buscando siddhis inferiores o poderes inferiores, como decimos nosotros, demos forma a la psiquis*”.

Hay un poder trascendental que nace en cualquier hombre que verdaderamente ha trabajado sobre sí mismo. Me refiero, en forma enfática, a la **intuición**, y cito esto para que dejen ustedes de codiciar poderes.

Pero ¿cuál es esa facultad? Se nos ha dicho que está relacionada con la *glandula pinealis*. No lo niego, pero lo interesante es explicar cuáles son sus funciones.

¿Cómo definiríamos la intuición? “*Percepción directa de la Verdad, sin el proceso deprimente de la opción*”. Bueno, está buena esa forma de definir, pero la encuentro muy incipiente, la usan todas las escuelitas por ahí de tipo pseudoesotérico y pseudoocultista, pero la analítica nos invita a ahondar más en este asunto.

¿Qué es la intuición? Es una **facultad de interpenetración**. Posiblemente Hegel, en su «Dialéctica», trate de definirla con aquello de los “*concretos universales*”, pero me parece mejor definirla con la filosofía china de la raza amarilla.

Hubo una emperatriz china que no entendía bien esta cuestión de la intuición. Un sabio le explicó que era la “*facultad de interpenetración*”. Está correcta esa definición, pero ella no la entendía. Entonces el sabio trajo una veladora encendida y la colocó en el centro de un recinto, y a su alrededor colocó también diez espejos.

Es claro que la lumbrera de aquella veladora se reflejaba en un espejo y ese espejo la proyectaba a otro espejo, y el otro espejo la proyectaba al otro, y el otro al otro. Así notaron que los diez espejos mutuamente se proyectaban la luz, uno a otro. Se notó un juego de luces maravilloso, un juego con *interpenetración*. La emperatriz entendió. He ahí la facultad de la intuición.

Si alguien ha logrado la *aniquilación budista*, si alguien ha conseguido fabricar los cuerpos existenciales superiores del Ser, si verdaderamente es un hombre de verdad en el sentido trascendental de la palabra, entonces la facultad de interpenetración será en él un hecho.

Téngase en cuenta que uno está contenido en el Cosmos. Mejor dicho, uno es una parte de un todo. Dentro del microcosmos-hombre hay mucho, existe mucho, y, sin embargo, la totalidad de uno no es sino una parte del todo.

Ya sabemos que, por ejemplo, dentro del *Ayocosmos* (o sea el Infinito), está contenido el *Macrocosmos*. Dentro del *Macrocosmos*, que es la Vía Láctea, está contenido el *Deuterocosmos*, el Sistema Solar. Dentro del *Deuterocosmos* está contenido el Sol, el Cosmos. Y dentro de éste, está contenido el Cosmos-Tierra, el *Mesocosmos*. A

su vez, dentro del *Mesocosmos* está contenido el Microcosmos-hombre. Y dentro del *Microcosmos-hombre* está contenida la vida de lo infinitamente pequeño: el *Tritocosmos*.

Bueno, dentro de un cosmos hay otro cosmos, y dentro de ese cosmos hay otro, y por todo hay siete cosmos, unos contenidos en otros. De manera que dentro de nosotros hay un cosmos inferior, el Tritocosmos, y un cosmos superior, el Mesocosmos; es decir, nosotros estamos entre un cosmos superior y un cosmos inferior.

Estamos también muy relacionados con nuestros padres, pues nos dieron origen. A su vez, de nosotros devienen los hijos y los nietos; todos estamos interpenetrándonos mutuamente. Así, la interpenetración es una ley, perfectamente definida por la dialéctica de Hegel, con sus famosos “Concretos” que ya he explicado.

Indubitablemente, mis queridos amigos, la existencia de un mundo cualquiera, su nacimiento, su desarrollo, su muerte, queda reflejándose también dentro del hombre verdadero que ha logrado la aniquilación budista. Entonces, éste puede decir también: “conozco la historia de ese planeta”.

Todo el *mahamanvantara* puede reflejarse en la uña de un hombre auténtico, y puede reflejarse con tanta exactitud que el buddha ese no ignore nada.

Todo lo que pueda suceder a una nación, puede reflejarse en la psiquis de un hombre que ha pasado por la aniquilación budista, y reflejarse con tanta precisión, con tanto detalle que éste no llegue a ignorar ni el más insignificante acontecer.

Así pues, deduzcan ustedes e infieran de lo que he dicho, lo que es la intuición, la *facultad de interpenetración*.

Si conseguimos que toda la historia de esta galaxia se refleje en nosotros, ¿ignoraríamos algo, por ejemplo, en relación con la galaxia? ¡Pues claro que no! Y la galaxia, con todos sus procesos, puede reflejarse en nuestra psiquis con tanta naturalidad, mis queridos hermanos, como la veladora aquella del ejemplo que he puesto, que se reflejaba en los diez espejos que sirvieron para ilustrar a la emperatriz.

Y si todas las criaturas pueden reflejarse en la psiquis de un *buddha de contemplación* que ya no tiene agregados psíquicos inhumanos que desintegrar, entonces éste, de hecho consigue mediante la intuición eso que podríamos definir como “*omnisciencia*”.

Llegar a la iluminación es posible, pero no olviden, mis queridos amigos, que la iluminación a su vez tiene sus leyes. La razón de ser de la iluminación es el *dharma-dhatu*, es decir, el *dharma*. Si uno se ha sacrificado por los mundos, si uno verdaderamente ha creado sus cuerpos existenciales superiores, si uno verdaderamente ha disuelto el ego, merece, recibe recompensa, pago. Porque solamente en la región del

dharma-dhatu es posible la iluminación interior profunda.

Así pues, como quiera que lo vital es que un día lleguen ustedes a la iluminación, deben empezar, desde ahora mismo, por organizar su psiquis; eso es obvio.

Necesitamos que, a través de nuestros trabajos y mediante la iluminación, un día podamos dar el *Gran Salto* y caer en el *Vacío Iluminador*.

Distíngase entre la *mecánica de la relatividad* y el *Vacío Iluminador*. Lo importante para nosotros es escaparnos de este mundo de la relatividad, de este mundo de causas y efectos, de este mundo donde reina el dolor.

Y solamente es posible conseguir uno dar el *Gran Salto* para caer en el *Vacío Iluminador*, si desintegra el ego, si lo reduce a cenizas, si lo convierte en polvareda cósmica, si organiza su psiquis, si le da forma a su psiquis. Sólo así puede lograrlo

El *Vacío Iluminador* es la máxima aspiración de nosotros, es la *Gran Realidad*, la *Vida Libre en su Movimiento*, más allá del cuerpo, de los afectos y de la mente. Incuestionablemente el *Vacío Iluminador* es *Lo Supremo*, *La Verdad*, *La Vida*. Es lo que es, lo que siempre ha sido y lo que siempre será.

Si decimos que es *Lo Supremo*, debemos comprender esa palabra “supremo” (o *supremus* en latín). Supremo es lo “incondicionado”, aquello que se escapa de la mecánica de la relatividad, lo que no es del tiempo, lo que trasciende a los cinco sentidos ordinarios, lo incondicionado.

Mas hay otra acepción de *supremus*: "lo acabado, lo consumado". En su primera acepción, *supremus* es *originarium*, "lo original"; en su segunda acepción como *consummatum*, es “lo acabado, lo perfecto, lo concluido” . Por eso Jesús dijo: *Consummatum est* “todo se ha consumado”. Es lo perfectísimo, el hombre que ya alcanzó el estado de Dharmakaya, el verdadero iluminado, el que logró la iluminación, aquél que pudo integrarse con el “*Originarium*”, el verdadero bienaventurado o liberado. Son las dos acepciones de *supremus*.

Alcanzar ese estado de iluminación absoluta radical en el *Vacío Iluminador* es lo anhelable. Pero para lograrlo, mis queridos amigos, debemos empezar por organizar nuestra propia psiquis. Para ello necesitamos vivir inteligentemente, sabiamente. De lo contrario, pues no sería posible. Hasta aquí mi cátedra de esta noche.

Samael Aun Weor

[Índice](#)

